

FRANCIA: LA POLÍTICA ECONÓMICA DE LA TERCERA VÍA

¿Es posible olvidar la restricción exterior en un mundo intercomunicado? Tal vez esa es la primera pregunta que deba plantearse cualquier gobierno al diseñar, en la actualidad, una política económica que no tenga un carácter simplemente adaptativo. El trabajo de **Jaime Requeijo**, que examina la política económica puesta en práctica por el gobierno socialista francés desde mediados de 1981, resume los elementos principales de la misma y los resultados obtenidos hasta el momento, aclara las causas de la actual debilidad exterior de la economía francesa y efectúa, finalmente, un análisis crítico de dicha política económica.

I. CARA Y CRUZ DE UN EXPERIMENTO

FRENTE a la política de grandes equilibrios (1) del septenato anterior, la estrategia económica del gobierno socialista francés, llegado al poder en la primavera de 1981, partió de dos preocupaciones fundamentales: el desempleo y las desigualdades sociales. Un desempleo que, en julio de 1981, suponía el 8 por 100 de la población activa; unas desigualdades sociales que permiten que el 10 por 100 de las unidades familiares disfrute de más de la mitad del patrimonio nacional, que mantienen horquillas salariales superiores a las de los países europeos de igual nivel de desarrollo y que dan lugar a la existencia de un amplio segmento social —cuyos efectivos varían entre 2 y 5 millones de personas— que se caracteriza por vivir en el umbral de una sociedad moderna desde el punto de vista económico, educativo y asistencial (2).

Ahora bien, los responsables políticos franceses consideraban que, para solucionar esos dos problemas, era necesario reactivar la economía, reactivación que permitiría, de un lado, absorber paro y, del otro, corregir progresivamente las desigualdades. En el esquema 1 pueden verse, de forma resumida, los fines, contenido, medios, objetivos y medidas de la política económica puesta en práctica a lo largo de 1981.

A finales de marzo del presente año el mismo gobierno francés imponía una serie de medidas de austeridad que quedan plasmadas en el esquema 2 y que tratan de reducir, en un 2 por 100, la demanda interna de 1983.

El presente resumen trata de explicar, sucintamente, lo sucedido a lo largo de los dieciocho meses que median entre el comienzo de la aplicación del programa de política económica y el paquete de medidas aprobadas a finales de marzo de 1983

y pretende, asimismo, efectuar un análisis crítico de la política económica francesa.

II. REALIZACIONES DEL PROGRAMA

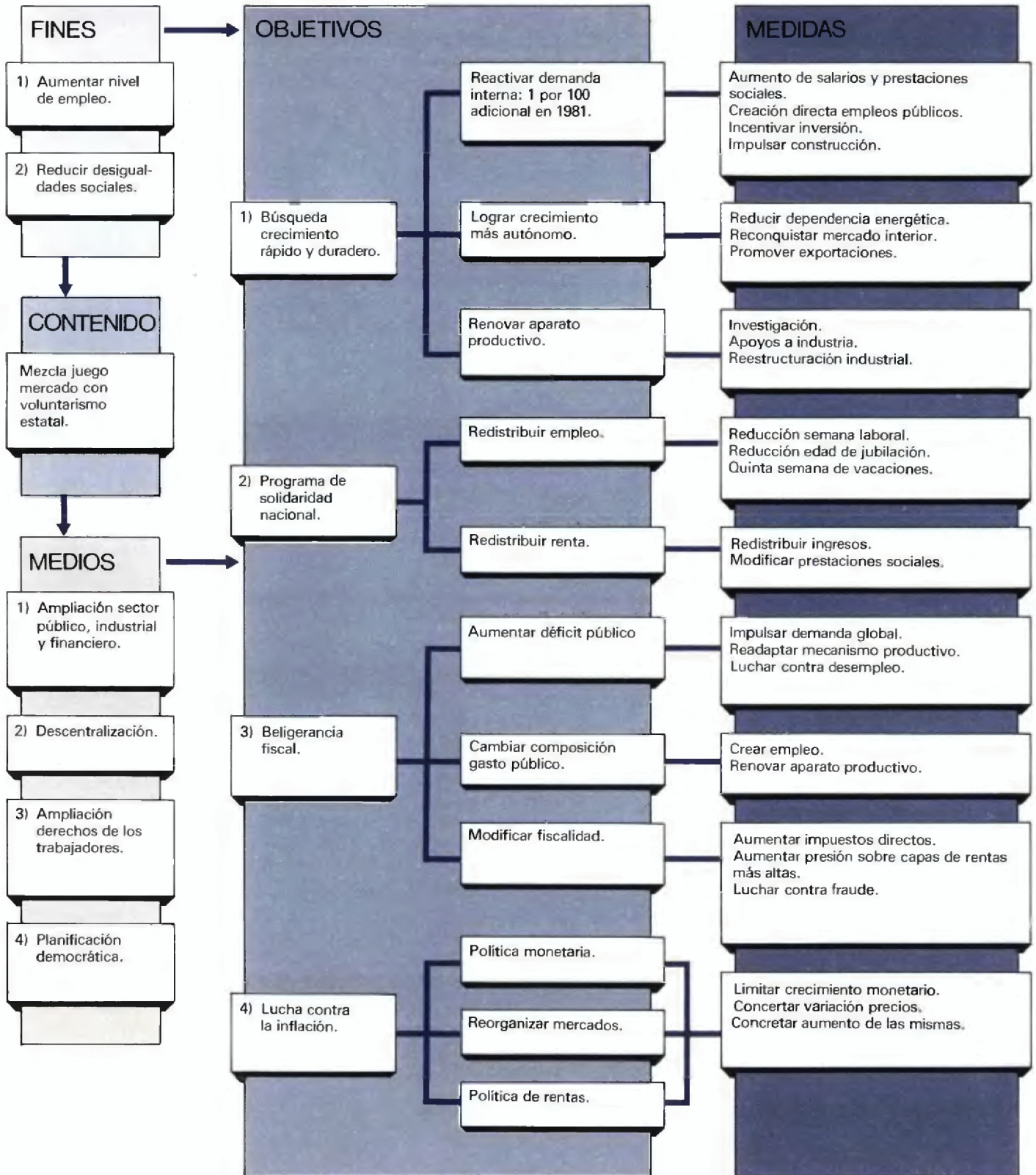
En los esquemas 3 y 4 se enumeran las principales realizaciones de la política económica mencionada.

III. LOS RESULTADOS OBTENIDOS

Aunque resulta difícil ofrecer, de forma sintética, la expresión cuantitativa de una política, el cuadro n.º 1 presenta algunas de las cifras fundamentales de la economía francesa, cifras que, naturalmente, derivan de las medidas a corto plazo, las únicas que pueden surtir efecto casi inmediato.

Si comparamos, ahora, la política económica inicial del gobierno francés (esquema 1), las realizaciones del programa en lo que atañe a objetivos y medidas (esquema 4) y las cifras del cuadro, podremos extraer algunas conclusiones interesantes. Hay que destacar, en primer lugar que, tras un descenso acusado en 1981, el Producto Interior Bruto ha experimentado un crecimiento estimable en 1982, aunque a todas luces insuficiente para lograr las metas deseadas, especialmente la reducción de la tasa de paro. Más aún, los porcentajes negativos de la inversión fija no permiten suponer que la recuperación vaya a ser duradera. El ritmo de inflación ha descendido en 1982, como resultado de las medidas adoptadas en junio de 1982, a las que hare-

ESQUEMA 1 LA POLITICA ECONOMICA DE LA TERCERA VIA



ESQUEMA 2 EL PLAN DE AUSTRERIDAD

FINALIDAD

1) Reducir la demanda interna en unos 65.000 millones de F.F.: 2 por 100 aproximado en 1983.

2) Reducir en 11.000 m. F.F. la necesidad de financiación de las empresas públicas.

3) Reducir déficit de la Seguridad Social.

4) Ahorro forzoso.

5) Limitación gasto turístico en el extranjero.

OBJETIVOS Y MEDIDAS

Reducir déficit presupuestario en 20.000 m. de F.F.: 15.000 m. por reducción del gasto y 5.000 m. por ingresos adicionales (nuevos impuestos sobre alcoholes y tabacos).

Aumento de tarifas —electricidad, gas, ferrocarriles, etcétera... — y reducción de gastos.

Recorte del gasto en 4.000 m. de F.F.; aumento de percepciones por atenciones hospitalarias; 1 por 100 adicional sobre base imponible de los contribuyentes en rentas de 1982.

Préstamo obligatorio al Estado: 10 por 100 de la cuota por el impuesto sobre la renta fijado en 1982 y 10 por 100 de la correspondiente al impuesto sobre las grandes fortunas de 1982. Se amortizará a los tres años o antes, si se ha restablecido el equilibrio exterior. Todavía no se ha fijado el interés. Estimulo al ahorro-vivienda: mayor interés, mayores depósitos y préstamos; puesta en marcha del fondo salarial para desarrollo industrial y creación de empleos.

2.000 F.F. por persona y año y 1.000 F.F. en el caso de los niños. Se excluyen los 13 países de la zona del franco.

ESQUEMA 3 POLITICA ECONOMICA: MEDIOS

1. NACIONALIZACIONES

En febrero de 1982, y canjeando acciones por obligaciones amortizables en quince años, se nacionalizan la Compagnie Générale d'Electricité, Saint-Gobain, Pechiney-Ugine-Kuhlman, Rhône-Poulenc y Thompson-Brandt. La parte del sector público en la cifra de ventas del sector industrial pasa del 19 al 32 por 100. También se nacionalizan, por el mismo procedimiento, 39 bancos y compañías financieras, con lo que la casi totalidad de los intermediarios financieros tradicionales pasa a manos públicas.

2. DESCENTRALIZACION

En 1982 se anuncia la división, por ley, de las competencias de comunas, departamentos, regiones y Estado y la distribución de los recursos públicos y de otras competencias.

3. AMPLIACION DE DERECHOS DE LOS TRABAJADORES

Las leyes «Auroux», de junio y octubre de 1982, amplían los derechos de los trabajadores en materia de expresión, representación y negociación.

4. PLANIFICACION DEMOCRATICA

Tras el Plan Interino 82-83 se anuncia un nuevo plan que entrará en vigor en 1984 y se inician los trabajos de la Comisión Nacional de Planificación el 8-9-82.

ESQUEMA 4 POLITICA ECONOMICA: OBJETIVOS Y MEDIDAS

1. REACTIVAR DEMANDA INTERNA

- De junio 1981 a diciembre 1982, el salario mínimo interprofesional (SMIC) aumenta un 33,5 por 100.
- En julio 1981 aumento general del 25 por 100 de las prestaciones familiares; en febrero 1982 aumento del 25 por 100 para matrimonio con 2 hijos; en julio 1982 aumento del 6,2 por 100 y del 14 por 100 del complemento familiar.
- Las ayudas para vivienda aumentan un 60 por 100 de julio 1981 a julio 1982.
- El subsidio de desempleo aumenta un 28,5 por 100 de julio 1981 a diciembre 1982.
- La prestación mínima de vejez e invalidez aumenta un 50 por 100 de mayo 1981 a diciembre 1982.
- En 1981 y 1982 se crean 203.473 puestos de trabajo en el sector público.

2. LOGRAR UN CRECIMIENTO MAS AUTONOMO

- En 1981 se ahorran 27,5 Tep (tonelada equivalente petróleo).
- Aumenta en nueve puntos porcentuales el grado de nacionalización de la electricidad (primer trimestre 1981-primer trimestre 1982).
- En 1982 aumentan los estímulos a la inversión. La deducción por inversiones de las empresas, que mantengan o amplíen plantilla, pasa del 10 al 15 por 100; los préstamos privilegiados a largo plazo alcanzan los 24.000 millones de francos franceses. (Destinos fundamentales: innovación, ahorro energético, exportación, automatización, competitividad).

3. RENOVAR APARATO PRODUCTIVO

En presupuesto 1982 los gastos de investigación y desarrollo aumentan un 29,4 por 100 sobre los de 1981.

4. REDISTRIBUCION DE EMPLEO

- Semana laboral de 39 horas, desde febrero de 1982, con miras a rebajarla a 35 horas en próximos años (hasta 1985).
- Quinta semana de vacaciones.
- Posibilidad solicitar jubilación a los 60 años (desde 1-4-83) siempre que se haya cotizado a la Seguridad Social durante 150 trimestres.
- Contratos de solidaridad: el Estado se hace cargo de ciertas cotizaciones a la Seguridad Social de los nuevos puestos de trabajo logrados por reducción jornada laboral de trabajadores a tiempo completo o jubilaciones anticipadas antes de 60 años.

5. REDISTRIBUCION RENTA

Se observa cierta corrección en 1981 respecto a 1977.

6. AUMENTO DEFICIT PUBLICO

En 1981, 1,6 por 100 del PIB; en 1982, 2,9 por 100 del PIB.

7. REFORMA FISCAL

En 1982, impuesto sobre las grandes fortunas (patrimonio), impuesto excepcional del 10 por 100 sobre determinadas rentas; topes a las desgravaciones familiares y de sociedades; aumento impuestos indirectos (productos petrolíferos, tabaco, circulación, alcoholes); se corrigen tramos del impuesto sobre la renta en proporción al ritmo de inflación pasado. Presión fiscal pasa del 42,6 por 100 del PIB en 1980 al 44,3 por 100 del PIB en 1982.

8. ELIMINACION FRAUDE FISCAL

Formalidades en contratos de prestación de servicios y amnistía fiscal para regularizar situaciones fraudulentas y tenencia irregular de capitales en el extranjero.

9. POLITICA MONETARIA

En 1981, M_2 (disponibilidades líquidas en la definición francesa) crece un 10,5 por 100 y en 1982 un 12 por 100. Fuertes oscilaciones tipos de interés en 1981. Crecimiento muy rápido en M_2 en primer semestre 1982.

10. REORGANIZACION DE LOS MERCADOS

Bloqueo de precios y salarios en junio 1982.

11. POLITICA DE RENTAS

Adoptada a partir de junio 1982.

Fuente: INSEE, *Tendances de la conjoncture. Note de synthèse* (febrero 1983); «Solidarité, travail, emploi, retraite. Ordonnances et textes d'application», *Journal Officiel*, n.º 1.517; «Loi de Finances pour 1982», *J. O.*, 31-12-81; «Le budget économique de la France pour 1983», Ministère de l'Économie et des Finances.

CUADRO N.º 1

PRINCIPALES INDICADORES DE LA ECONOMIA FRANCESA

	1980	1981	1982
PIB comercializado (total — autoconsumo)	+ 1,1 %	+ 0,2 %	+ 1,5 %
Formación bruta de capital fijo	+ 0,8 %	— 2,3 %	— 1,0 %
Precios al consumo	+ 13,6 %	+ 14,0 %	+ 9,7 %
Desempleo (% de la población activa a 31 de diciembre)	6,3 %	7,3 %	8,3 %
Capacidad (+) o necesidad (—) de financiación de las Administraciones Públicas (% PIB) ...	+ 0,3 %	— 1,6 %	— 2,9 %
Saldo de la balanza comercial	— 56.602 m. F.F.	— 54.035 m. F.F.	— 93.000 m. F.F.
Saldo de la cuenta corriente exterior	— 17.617 m. F.F.	— 26.090 m. F.F.	— 64.800 m. F.F. (hasta 30-9-82)
Reservas exteriores	140.000 m. F.F.	81.900 m. F.F.	38.900 m. F.F. (30 noviembre)
Depreciación del F.F. (con relación a una cesta de monedas que refleja la composición de los intercambios franceses)	0	7,3	8,9

Fuentes: Ministère de l'Economie et des Finances, *Principaux résultats pour 1981*; INSEE, *Tendances de la conjoncture. Note de synthèse* (febrero 1983).

mos referencia más adelante, y el nivel de desempleo ha crecido ligeramente. Ahora bien, la dilatación de la demanda agregada, por la vía de los aumentos de salarios, prestaciones sociales y creación de empleos públicos ha dado lugar, de un lado, al incremento del déficit de las Administraciones Públicas, que casi se ha doblado de 1981 a 1982, y al desmoronamiento de la balanza de pagos, dos fenómenos, como es bien sabido, estrechamente ligados. Obsérvese el rápido crecimiento del déficit comercial exterior y, sobre todo, del déficit corriente, que se ve afectado no solamente por el desequilibrio comercial sino también por el empeoramiento de la balanza de servicios sobre la que inciden los intereses de la creciente deuda exterior: para hacer frente al deterioro de sus cuentas exteriores el gobierno francés ha debido utilizar sus reservas —cuya evolución podemos advertir

en el cuadro mencionado—, y además, endeudarse sustancialmente en los mercados internacionales. Aunque los datos no sean abundantes, todo hace suponer que la deuda exterior francesa ronda hoy los 50.000 millones de dólares y se incrementa al ritmo de 1.000 millones por mes (3). El sector exterior constituye, pues, el verdadero talón de Aquiles de la economía francesa, lo que ha obligado al gobierno a aceptar tres devaluaciones de su moneda —octubre de 1981, junio de 1982, marzo de 1983— y a cambiar, de forma sustancial, el rumbo y alcance de su política económica.

IV. EL CAMBIO DE RUMBO

Ya hemos señalado que el sector exterior constituye el flanco más débil de la economía francesa en la actualidad y lo

viene siendo desde que, en octubre de 1981, tras endurecer el control de cambios, la autoridad monetaria forzara, en el seno del Sistema Monetario Europeo, una devaluación del franco, cuyo cambio central se ajustó a la baja en un 3 por 100, y una revaluación del marco del 5,5 por 100 (4).

En el primer semestre de 1982 las tendencias no mejoraron. A partir de los datos disponibles a principios de junio, se podía prever un crecimiento anual del PIB del orden del 1 por 100, una nueva baja de la formación bruta de capital fijo, un acrecentamiento de la tasa de paro del orden del 13 por 100 anual y un ritmo de inflación del 1 por 100 mensual aproximado; y, lo que resultaba más inquietante, el déficit corriente del primer trimestre suponía 15.920 millones de francos, con un sustancial empeoramiento de la posición monetaria exterior (5). La

«Desde principios de verano de 1981 nos dedicamos a construir, piedra a piedra, el nuevo edificio. En primer lugar creando, desde el mes de junio, las condiciones necesarias para reactivar la economía: aumento del poder de compra de las capas menos favorecidas de la sociedad, impulso al sector de la construcción, puesta a disposición de las empresas de los medios necesarios para financiar su inversión. Después, y a lo largo del verano, elaborando el presupuesto en función de dos objetivos. Por una parte, se trata de acelerar el ritmo de crecimiento económico a través de la inversión, de la ayuda a las empresas, de las obras públicas, de la investigación y del ahorro energético. Por otro lado, es preciso repartir más equitativamente la carga fiscal, modificando el impuesto sobre la renta e instituyendo el impuesto sobre las grandes fortunas, tarea a la que Laurent Fabius se ha dedicado sin dilación.»

Pierre Mauroy, *C'est ici le chemin*
(París, Flammarion, 1982, pág. 29).

debilidad exterior obliga, pues, a los responsables de la política económica a devaluar, de nuevo, el franco frente al marco: un 10 por 100 en el mes de junio. Sólo que, en esa ocasión, el retoque en el valor exterior de la moneda va inmediatamente seguido de un conjunto de medidas destinadas a enfriar, de golpe, la economía francesa: de un lado la congelación de precios y rentas hasta el 31 de octubre de 1982, cuyos rasgos fundamentales se esbozan en el esquema 5, y, del otro, la mayor neutralidad del presupuesto para 1983.

Además de ese drástico paquete de medidas se procedió, asimismo, a modificar el presupuesto para 1983 en dos sentidos: limitando al 11,8 el aumento de los gastos, menos de la mitad del incremento previsto para 1982; recortando los gastos corrientes del Estado para impulsar determinados gastos de inversión: investigación (+21 por 100), industria (+24 por 100), inversión pública (+22 por 100). Todo ello para lograr que

la acción pública fuese más neutral respecto de la evolución global de la economía y, sobre todo, para conseguir que el déficit público no superase el 3 por 100 del PIB (6).

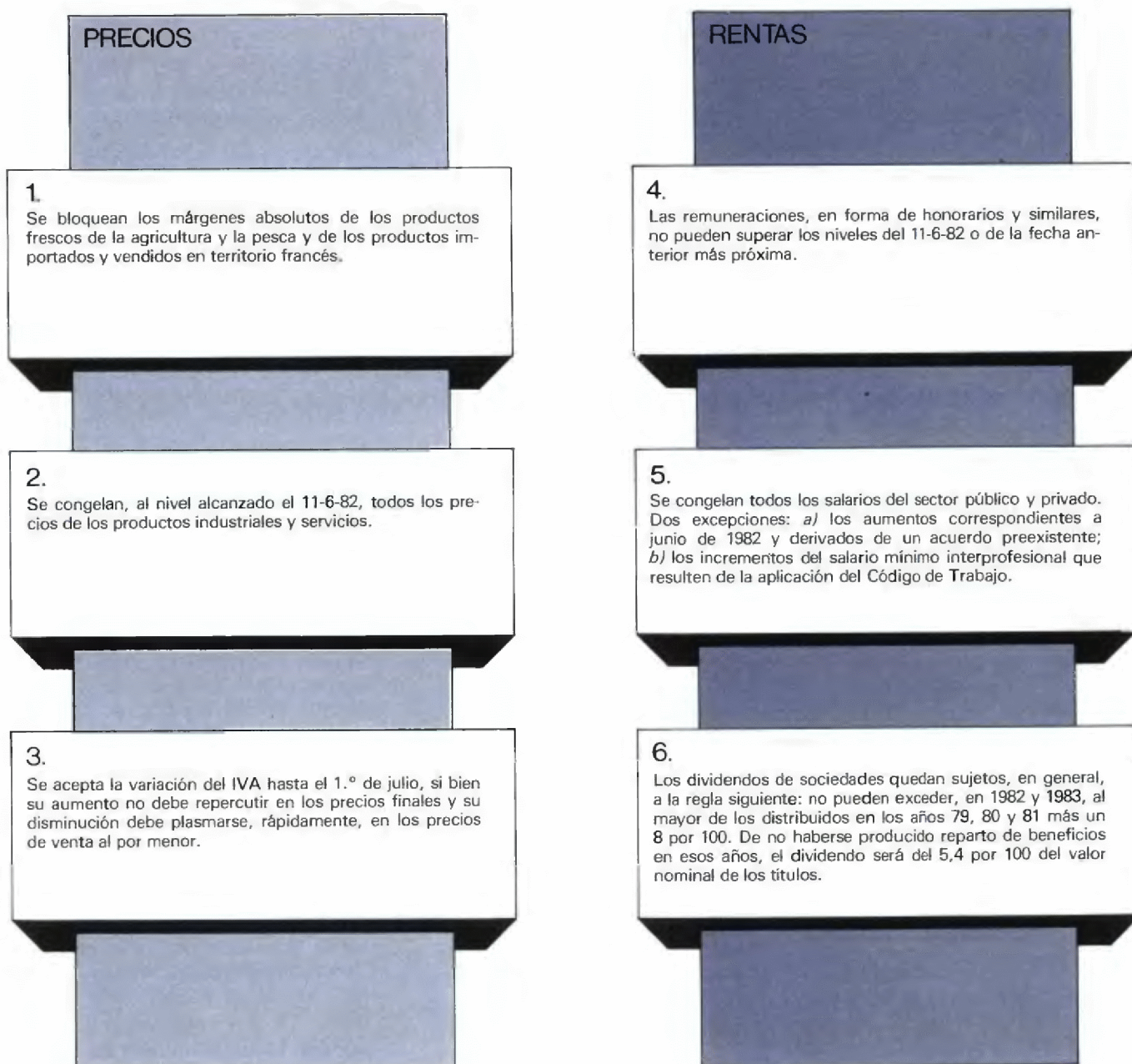
Las medidas que acabamos de sintetizar lograron reajustar en parte la marcha de la economía —sobre todo redujeron sustancialmente el ritmo de inflación— pero no alcanzaron a cerrar el agujero exterior, como puede advertirse en el cuadro número 1. Es más, la degradación de las cuentas exteriores siguió presionando a la baja la divisa francesa y produciendo tensiones crecientes en el seno del Sistema Monetario Europeo. En marzo del presente año las tensiones alcanzaron su cota máxima, el gobierno francés amenazó con abandonar el Sistema si no se realineaban las paridades y, tras un largo y difícil tira y afloja, el 21 de marzo se producía un reajuste del valor de las monedas en la parrilla europea —devaluación del franco en un 2,5 por 100, revaluación del marco en un

5,5 por 100 y variaciones en las otras divisas— y se anunciaba, por los responsables políticos franceses, la puesta en marcha de un plan de austeridad; el que figura en el esquema 2. Su objetivo fundamental: contraer la demanda interna en un 2 por 100 —es decir, hacer girar ciento ochenta grados la política económica diseñada en 1981 y una de cuyas metas era dilatarla para acelerar el ritmo de crecimiento— para reducir el déficit exterior y enderezar la marcha de la economía. En el fondo, las autoridades francesas parecen haber aceptado una regla muy simple enunciada por Pierre Massé: que el comercio internacional está sujeto a una ríspida confrontación en donde el éxito depende de los rendimientos y el coste de hora de trabajo (7).

V. ANALISIS CRITICO DE LA POLITICA ECONOMICA DE LA TERCERA VIA

A lo largo del presente trabajo hemos condensado las pretensiones, disposiciones y realizaciones de la política económica del gobierno socialista francés. Unas pretensiones que se centran en la búsqueda del pleno empleo y de una sociedad más igualitaria. Unas disposiciones de muy amplio espectro: desde la descentralización a la distribución del empleo, desde la reconversión industrial hasta la beligerancia fiscal, desde las medidas de nacionalización hasta la articulación de nuevos pactos sociales. Unas realizaciones hasta el momento apenas perceptibles a consecuencia de las perturbaciones provocadas por la pérdida del equilibrio exterior.

ESQUEMA 5 CONGELACION DE PRECIOS Y RENTAS: JUNIO 1982



Fuente: «Les notes bleues n.º 76» y Ley 82-660 (J. O. de 31-7-82).

Limitarnos a exponer lo hasta aquí resumido sería limitarnos a describir la epidermis del fenómeno, renunciar a encontrar vínculos causales, renunciar casi por completo al análisis económico; conviene, pues, examinar críticamente la experiencia francesa y pensamos que esa crítica puede hacer referencia, de un lado, a las contradicciones globales que envuelven a toda apuesta económica y, por definición, a lo que ahora estamos examinando y a las debilidades conceptuales que se advierten en el programa ofrecido y, del otro, a los peligros fundamentales que acechan a ese loable intento de transformar el tejido económico y social de la cuarta potencia industrial del mundo.

crisis generalizada, el medio plazo se desdibuja, hasta casi esfumarse, porque los problemas inmediatos son de tal magnitud que rompen la conexión intelectual y psicológica entre el presente y el futuro: la reflexión de Macbeth se invierte: el mañana no se adentra en el presente sino que se aleja de él.

Es evidente que la urgencia política primera del actual gobierno francés era, y es, el nivel de desempleo, y lo es más en la medida en que se atribuye la expansión de ese azote social a la falta de voluntad del gobierno anterior para frenar su marcha, a los efectos de una política económica modelada no para dar empleo a los ciudadanos franceses sino para preser-

ciso adoptar medidas que produzcan resultados a corto plazo. De lo contrario, la credibilidad del nuevo gobierno frente a sus electores se hubiera visto ampliamente mermada.

Ahora bien, la sustancia económica básica de un país dado —lo que normalmente denominamos la estructura económica formada por la infraestructura, la configuración sectorial, el marco institucional y las relaciones económicas exteriores— no está dotada de una elevada plasticidad: no puede ser transformada a voluntad en el transcurso de pocos meses. Lo que sí puede es dar respuesta rápida a los estímulos monetarios de cierta amplitud y eso es, precisamente, lo que ha ocurrido. Para tratar de obtener resultados pronto en el terreno del empleo y de la lucha contra las desigualdades, el gobierno francés ha aumentado el nivel de gasto global de la economía: incremento de salarios, de prestaciones sociales, de múltiples tipos de ayuda, aumento del empleo en el sector público, etc. No ha logrado frenar el aumento del paro —dado que el nivel de empleo responde, en una economía moderna, a múltiples factores reales y no queda exclusivamente condicionado al nivel de demanda global del sistema—, sí ha logrado mejorar, aunque la mejora pueda ser transitoria, la situación de algunos colectivos situados en los niveles salariales inferiores; pero ha provocado un deterioro considerable del sector exterior, sensible ya por otra parte al cambio general de orientación económica. Los mayores costes salariales y el déficit público acrecentado han impulsado el ritmo de inflación y provocado un mayor desequilibrio exterior; ello

«El comercio exterior es el problema n.º 1 de Francia. Nuestro objetivo es reequilibrarlo en el curso de dos años.»

Jacques Delors (*L'Expansion*, 8/21 abril 1983).

1. Las contradicciones globales

1.1. Urgencia política y respuestas económicas

En una democracia, el partido político que asume el poder se debate siempre entre la urgencia política y la prudencia económica, prevaleciendo, por lo general, la primera de ellas; en una formación política cuya ideología y presupuestos difieren notablemente de los de aquélla a la que sustituye en el poder, la subvaloración de los riesgos que comporta esa urgencia política se agudiza; en un contexto de

var los grandes equilibrios de la economía.

Esa imputación directa, a la que ya se ha hecho referencia, constituye una afirmación arriesgada porque obliga no solamente a luchar contra el paro —objetivo claramente loable— sino a demostrar, a corto plazo, que pueden lograrse, en ese empeño, resultados positivos.

La urgencia segunda es la lucha contra las desigualdades sociales, el apoyo a las capas menos favorecidas de la sociedad. También en este caso, y a caballo de las lógicas promesas electorales, se ha hecho pre-

ha requerido, por parte de las autoridades francesas, aceptar tres devaluaciones en un plazo corto, imponer una congelación temporal de precios y rentas y establecer, finalmente, un plan de austeridad como medidas necesarias para no caer en el efecto conjunto, complementario y desequilibrador del binomio inflación-devaluación.

¿Puede afirmarse, al enjuiciar la política inicialmente aplicada por las autoridades francesas, que desconocían el peligro? Nos resistimos a creerlo. El gobierno francés cuenta, entre sus filas, con expertos reconocidos que, con toda seguridad, eran conscientes de las consecuencias posibles de excitar la creación monetaria en un contexto mundial totalmente distinto del de los años cincuenta. Entendemos más bien que la decisión política de actuar ha primado sobre la necesaria prudencia económica, que la urgencia política ha hecho aparecer, de nuevo, la contradicción ya señalada. Por decirlo con una bien conocida frase: el tiempo político y el económico no han coincidido una vez más.

1.2. ¿Es posible la solución individual?

La actual economía mundial presenta una característica que resalta sobre todas las demás: la interdependencia. Interdependencia que puede advertirse, por lo menos, en tres campos: el comercial, el financiero y el de los recursos productivos. El comercio representa hoy, aproximadamente, el 30 por 100 del producto bruto mundial, pero existe un dato más revelador de la íntima conexión de los mercados: unos dos tercios aproximados de todo el comercio

mundial corresponde a operaciones que realizan, en el seno de la propia empresa, las compañías multinacionales (8). Pese a los controles de cambios que subsisten en toda una serie de países, la convertibilidad de las principales divisas produce, también, una estrecha relación de los mercados financieros, de forma tal que no es posible fijar los tipos de interés en un determinado país sin tener en cuenta la situación de los mismos en los países clave del sistema mundial y, muy especialmente, en Estados Unidos. Basta con recordar la crisis energética para poner de manifiesto la estrecha interrelación existente entre los distintos países en el terreno de la utilización de los recursos físicos. Esa interdependencia produce, casi necesariamente, lo que podríamos calificar de tendencia a la nivelación coyuntural; dicho de otra forma, resulta muy difícil, sobre todo para los países europeos, adoptar una política contraria a la de la coyuntura global.

fase que ha dado lugar a que el primer motor de crecimiento de los años cincuenta y sesenta, el comercio mundial, se haya estancado en los dos últimos años.

No vamos a entrar aquí en disquisiciones de ningún tipo sobre la etiología de esa crisis ni tampoco a efectuar pronóstico alguna sobre el futuro inmediato. Lo que pretendemos subrayar es algo muy simple y que, en forma general, ya hemos indicado: Francia, como cualquier otro país europeo, encontrará siempre graves inconvenientes para reactivar su economía si el clima general de la economía mundial marcha en la dirección opuesta. Sus exportaciones se enfrentarán a mercados recesivos, las importaciones tenderán a crecer con más rapidez a impulsos de las medidas de reactivación; la reducción deseada de los tipos de interés, que se supone debe estimular la inversión, no podrá lograrse porque la balanza de capital a corto no

«Hay que reconocer que, para gobernar un país en crisis en nuestro mundo actual, el Poder debe contar si no con el apoyo declarado, si al menos con la relativa y sincronizada indulgencia de los asalariados, los capitalistas y el resto de los países.»

André Fontaine: «Une bataille pour tous» (*Le Monde*, 8-4-83).

Francia es un país eminentemente transformador: su comercio exterior supone, aproximadamente, un 45 por 100 del Producto Interno Bruto. Ello significa que la coyuntura internacional le afecta de forma muy directa. Y esa coyuntura internacional, con crecimientos mínimos en los países principales, se encuentra, desde hace casi diez años, en una fase depresiva, aunque con altibajos, una

resistirá la atracción de los altos tipos practicados en los demás países, lo que obligará a seguir la tendencia de los mercados financieros dominantes o a soportar una rápida devaluación de la divisa. Y eso es, precisamente, lo que se ha intentado: ir contra corriente, chocando de esa forma contra la segunda gran contradicción. Una contradicción de tal magnitud que, necesariamente, obliga a poner

en duda la posibilidad de solución individual en las actuales circunstancias mundiales.

1.3. Empleo y transformación tecnológica

La política económica desplegada por el gobierno francés pretende resolver, ante todo, el problema del paro. Nada hay que objetar a ese propósito, tantas veces repetido en el Plan bianual y en todas las declaraciones públicas de los principales dirigentes franceses: en última instancia el desempleo es la más injusta de las desigualdades en un país industrial. Para tratar de

ta, en la actualidad, perfiles poco nítidos, dado que las ofertas productivas de países con grados de desarrollo distintos se solapan excesivamente. Para seguir ciñéndonos al país que nos ocupa: Francia mantiene una serie de industrias tradicionales que no pueden competir con las homólogas de los países de industrialización reciente, especialmente los del sudeste asiático. Para salir de ese punto muerto, de esa situación peligrosa que, con el paso de los años, puede socavar los cimientos de la estructura productiva de Francia, el gobierno socialista se propone impulsar aceleradamente

lítica económica han tenido en cuenta esa contingencia, puesto que desean prestar especial atención a la formación profesional de la mano de obra —con objeto de no producir fricciones en los mercados laborales— pero entendemos que confían demasiado en el ejemplo japonés —apoyo a las industrias de punta, preparación profesional, ritmo de crecimiento elevado gracias a su capacidad exportadora— sin tener en cuenta que ese ejemplo es válido a escala de un solo país, sin que sea posible generalizarlo. Japón mantiene su vigor productivo y su baja tasa de desempleo gracias no solamente a una serie de peculiaridades institucionales sino también a haber intuido, desde los años cincuenta, la dirección y alcance de la nueva revolución industrial; y, pese a todo, la crisis terminará por alcanzarlo, porque ningún país puede sustraerse a ella en un mundo de elevada intercomunicación. Pero, volviendo al hilo central de nuestro razonamiento, tan pronto como los principales países industriales hayan logrado desarrollar al máximo los sectores de la tercera revolución industrial, la posibilidad de obtener elevados ritmos de crecimiento disminuirá también y aumentará el nivel de desempleo de unas economías ya muy densas en capital. Esa tercera contradicción global no está todavía presente en el cúmulo de problemas que acosan a la economía francesa, pero hará su aparición a plazo medio.

Hasta aquí las grandes contradicciones con las que topará siempre cualquier política económica en el presente —un presente cargado de incertidumbres— y con las que ha tropezado la de la tercera vía. Enu-

«La firmeza en el tema salarial constituye el requisito para reducir la inflación, equilibrar las cuentas exteriores y reducir el desempleo: se trata, pues, del elemento clave para lograr la victoria en los tres frentes designados por el Jefe del Estado.»

Philippe Lefournier: «Les chances de la rigueur-bis». (*L'Expansion*, 8-21 abril 1983).

resolver el problema del paro se dilata la demanda global del sistema, en busca de un mayor ritmo de crecimiento económico, se impulsan determinados sectores intensivos en trabajo, como el de la construcción, y se acorta tanto el tiempo de trabajo anual como la vida activa de los trabajadores, con la clara intención de aumentar la demanda de trabajo. Hasta aquí, y sea cual sea el resultado de las medidas, existe una adecuación formal entre medios y fines. Sucede, sin embargo, que las autoridades francesas son conscientes de que nos hallamos en medio de una muy profunda transformación de la economía mundial. La división internacional del trabajo presen-

la investigación y cambiar el centro de gravedad de su economía, con objeto de hacerla reposar sobre los que hoy denominamos sectores de punta: biotecnología, exploración de los océanos, telecomunicaciones, etcétera. Sectores todos ellos que giran alrededor de la informática y de la robotización. Y sectores también todos ellos muy densos en capital y, consecuentemente, expulsores de empleo. En la medida en que los sectores más tradicionales vayan reduciendo su peso específico dentro de la economía francesa, y vayan asentándose las producciones del futuro, el problema del empleo se agravará. También es evidente que los diseñadores de la actual po-

meremos ahora cuáles son, a nuestro juicio, las debilidades conceptuales de esa política.

2. Las debilidades conceptuales

2.1. La oferta maximalista

Si se repasa con detalle la oferta socialista (9), se aprecia que pretende aportar soluciones para todos los problemas de la economía francesa. Evidentemente el paro y la lucha contra las desigualdades son los compromisos primeros, pero no son los únicos. Desde la reestructuración industrial hasta la descentralización, desde la defensa de los intereses del sector pesquero hasta la reforma fiscal, desde la reforma de la seguridad social con objeto de no penalizar el empleo hasta la transformación del sistema educativo, todo, absolutamente todo, se incluye en el programa. Este trabajo, que pretende ser un corto resumen de la nueva política económica, no hace referencia sino a los aspectos que entendemos más singulares de la misma, pero es fácil comprobar la amplitud de las propuestas (10). Y también resulta fácil adivinar las dos razones básicas de tan vasto programa. La primera es, sin duda, la disconformidad con el tipo de sociedad heredada del largo período anterior. Tanto el informe Bloch-Lainé como el Plan bianual insisten en el cúmulo de distorsiones y flaquezas que pueden observarse en la sociedad francesa y en la dimensión económica de las mismas, distorsiones y flaquezas que se deben a los desaciertos de los gobiernos anteriores y, especialmente, al septenato de Giscard d'Estaing. An-

te una sociedad mal conformada y que se mueve en la dirección errónea hay, evidentemente, que aprestarse a una transformación total. La segunda razón es producto, a su vez, de otras dos: la configuración política de la mayoría de las democracias latinas, entre cuyos principales partidos políticos pueden apreciarse diferencias ideológicas muy fuertes, y la tendencia que cabe observar en cualquier confrontación electoral moderna: todas las formaciones procuran estirar hasta límites insospechados las promesas electorales para tratar de alcanzar a la totalidad de los votantes, ofreciendo de esta manera a cada uno de los segmentos sociales la solución de sus problemas. La restricción primera de la economía —el coste de oportunidad— brilla por su ausencia en cualquier programa electoral de una democracia moderna. Por desgracia, la realidad es bien distinta: es imposible transformar todo y es imposible cumplir muchos de los objetivos a plazo corto. La opinión de André Bergeron, secretario general de Force Ouvrière, es ilustrativa: a su entender, los dirigentes socialistas han cometido el error de querer resolver todo al mismo tiempo, sin tener en cuenta la posibilidad de efectuar cambios a lo largo de los siete años del período presidencial (11). Y esa distancia entre promesas y realizaciones, en el caso de una formación política que acaba de llegar al poder en medio de una pavorosa crisis mundial y tras una muy larga travesía del desierto, puede tener repercusiones insospechadas en muy distintos grupos sociales que se sentirán unos desconcertados, otros frustrados y algunos exasperados. Si tenemos en cuenta la importancia que los socialis-

tas atribuyen a la reapertura de un amplio diálogo social y la dificultad de encontrar salidas no pactadas a los problemas de la economía francesa —como a los de la gran mayoría de las economías—, advertiremos el alcance de esa pretensión maximalista que, casi necesariamente, maximalizará los incumplimientos.

2.2. Necesidad de revitalizar el sector público

Segunda debilidad que subyace en el programa: el posible callejón sin salida en el que puede encontrarse el núcleo industrial nacionalizado. Existe, evidentemente, coherencia en el discurso socialista en lo que se refiere a las nacionalizaciones: son, desde su punto de vista, necesarias para que el sector público se constituya en punta de lanza del desarrollo industrial. El Estado pasa así a contar con una palanca de primer orden que le permite orientar la transformación industrial y establecer, de manera más directa, el ritmo de la misma. Siempre que, a nuestro entender, no se olviden dos importantes condiciones: 1) las necesidades financieras de esos grupos industriales, y 2) la conveniencia de gestionar adecuadamente, dentro de las líneas marcadas por el programa de política económica, su funcionamiento. Para no sufrir un estrangulamiento financiero esos gigantescos grupos industriales, también batidos por la crisis, necesitan urgentemente dosis nuevas, y dosis importantes, de recursos. Se estima, por ejemplo, que para el período 1982-83, Pêchiney-Ugine-Kuhlman y Rhône-Poulenc necesitan, cada una, 3.000 millones de francos, Thompson-Brandt 1.800 millones, Compa-

gnie Générale d'Electricité 1.400 millones... Por el momento, las transferencias de capital previstas por el gobierno se alejan bastante de esas previsiones y existe, además, el peligro de que buena parte de las mismas sean absorbidas por la siderurgia y la química pesada (12). Caso de no atender adecuadamente a esas necesidades financieras —lo que supone, evidentemente, un esfuerzo de selección y renuncia por parte de las autoridades francesas— el poderoso sector industrial público puede convertirse, en poco tiempo, no en un motor de transformación industrial sino en una pesada y herrumbrosa maquinaria incapaz de cumplir su cometido. Gerenciar adecuadamente las empresas públicas supone mantener en las mismas los necesarios principios de racionalidad y gestión económicas que les permitan crecer sin espasmos, aumentar su competitividad y lograr beneficios; todo ello sin merma de apoyar las medidas de política económica general y, en muchos casos, aceptando cuotas de riesgo superiores a las normales y forzando la innovación en su campo de actividades. Lo que no puede ser la empresa pública es un puro instrumento político al que se le obligue a moverse en arenas movedizas: invirtiendo en actividades para las que no hay mercado, con objeto de crear empleos de forma rápida pero no duradera; olvidando el equilibrio financiero para apoyar ambiciosos planes de inversión; sacrificando la productividad para dilatar su plantilla; pasando por alto la necesaria jerarquización de la actividad empresarial. Dada la importancia del sector público en la industria francesa, y dado que esas arenas movedizas se han hecho realidad en

algunos casos, existe el riesgo de mellar, a corto plazo, el esfuerzo de transformación deseado (13).

2.3. *El empalme consumo-inversión*

La estrategia planeada para reactivar la economía se articula en dos fases: en la primera de ellas es la demanda de consumo la que debe jugar el papel principal y, posteriormente, el tirón debe venir de la demanda de inversión. Dejando a un lado los desequilibrios generados, en muy buena medida, por la excitación del consumo vía elevación de las rentas más bajas, creación de empleos públicos e incremento de las prestaciones sociales —desequilibrios que han obligado al gobierno francés a las correcciones de rumbo de junio de 1982 y marzo de 1983—, la estrategia quedará coja si la inversión no toma, a corto plazo, el relevo. Pese al fortalecimiento del sector público, nada será posible si no se impulsa la inversión privada, inversión privada que depende tanto de las expectativas como de la situación financiera de las empresas. Todos los indicadores coinciden en señalar que las expectativas privadas no son buenas, situación que tiene múltiples raíces: la incertidumbre respecto del rumbo de la economía, el nuevo marco de relaciones laborales y los cambios de marcha hasta ahora introducidos son, claramente, tres de ellas. Tras los mediocres resultados obtenidos en los tres últimos años, el excedente empresarial plantea problemas financieros difíciles de resolver —entre otros, baches de tesorería— y actúa como elemento depresor de las nuevas inversiones.

De nuevo en 1982 la formación bruta de capital fijo ha descendido, en términos reales, un 1 por 100. Hasta el momento, pues, la política económica del nuevo gobierno se apoya, en ese terreno de reactivación de la demanda, en un solo pilar y no acierta a excitar la inversión privada, precisamente la que crearía empleos. Esa falta de atención a la demanda de inversión, en una economía que sigue siendo mixta, ese olvido de los condicionantes básicos que determinan la participación del empresario privado en el proceso de reanimación de la economía, constituye otra debilidad que no queremos dejar de reseñar (14).

2.4. *Los costes de distribución del empleo*

Las medidas de distribución del empleo, tal vez la aportación más original de la nueva política económica, presentan, a la vez, una lógica irrefragable y unos riesgos difíciles de evitar. Presentan una lógica irrefragable porque el crecimiento máximo esperado de la economía francesa —el 3 por 100 que figura en el Plan bianual— no bastaría para invertir la tendencia del mercado de trabajo, tanto más si se tiene en cuenta que, en el período 1982-88, se calcula que llegarán a ese mercado 1.330.000 nuevos demandantes de empleo (15). Hay, pues, que repartir el trabajo existente, en un esfuerzo de solidaridad global. Está sujeta a grandes riesgos porque esa operación distributiva plantea numerosos problemas.

En primer lugar, la reducción de las horas de trabajo semanales y la quinta semana de vacaciones pagadas serán efica-

ces en la medida en que se logre una óptima utilización del equipo capital y, también, en que se acepte, por parte de los trabajadores, un descenso en su renta real, el precio de un mayor tiempo de ocio. Si no es así, lo que ocurrirá es que se elevarán los costes de trabajo de las empresas, se reducirá su competitividad y ello conducirá a un aumento de la tasa de paro.

En segundo lugar, y habida cuenta de los esfuerzos que se están realizando para adelantar la edad de jubilación, y también de las tendencias demográficas de la sociedad francesa, lo que puede ocurrir es que la seguridad social se desequilibre aún más de lo que está en la actualidad como resultado del rápido crecimiento de las clases pasivas, lo cual, evidentemente, aumentaría el déficit de las Administraciones Públicas.

En tercer lugar, las edades deseables de jubilación —desde el punto de vista del empleo—, suponen, todavía, la plena capacidad física y mental del trabajador. Por tal razón, y teniendo en cuenta que las pensiones dan lugar a menores ingresos y que, en términos reales, se erosionan velozmente con el paso del tiempo, no es de extrañar que las medidas de estímulo a la jubilación anticipada favorezcan el florecimiento de la economía sumergida. Y esa economía sumergida implica, asimismo, menores ofertas de empleo en los mercados legales de trabajo (16).

Prueba de las dificultades que entrañan las medidas de distribución del empleo son las dudas que acompañan, continuamente, a la puesta en práctica de las mismas, y muy en espe-

cial las que se refieren a la reducción de horas de trabajo, dado que sus efectos pueden pulsarse a corto plazo (17).

3. Los peligros que acechan

Dentro de un mundo económico fuertemente convulsionado, y en medio de un experimento de política económica que, hasta el momento, no ha podido cumplir las principales promesas electorales, nos parece que la economía francesa va a estar expuesta, a plazo medio, a tres posibles golpes de timón que no dudamos en calificar de peligrosos, puesto que no lograrán sino agravar sus debilidades actuales: el repliegue sobre sí misma, el intervencionismo creciente, la entronización del voluntarismo.

3.1. El repliegue sobre sí misma

Tras los dos paquetes de medidas de junio de 1982 y marzo de 1983, la política económica francesa ha experimentado un cambio profundo: se trata ya no de aplicar medidas expansivas sino de enfriar la economía, recortando la renta personal disponible y reduciendo el déficit público. ¿Qué hay detrás de todos esos esfuerzos? Simplemente la idea de que es preciso frenar los aumentos de salarios y comprimir el déficit público total porque, de lo contrario, no será posible estimular la competitividad internacional de la economía francesa, dado que su tasa de inflación se mantendrá muy por encima de la de sus principales competidores.

Ahora bien, esa política producirá dos efectos graves: una

reducción del consumo global y, a su través, el aumento del desempleo vía compresión de la demanda efectiva: salvo que la economía mundial se recupere de su letargo, situación incierta a corto plazo, no será nada fácil que el tirón de las exportaciones compense, con creces, la reducción del consumo. Es muy posible pues que, una vez enjuiciados los efectos de la actual política, los partidarios de la solución hacia adentro lleguen a tener la suficiente fuerza, dentro del propio partido socialista francés, para imponer sus ideas.

Esas ideas son, naturalmente, las que corresponden a lo que hemos denominado peligro de repliegue sobre sí misma de la economía francesa. Se trataría, en ese caso, de aumentar el poder adquisitivo de los estratos más bajos de la renta y de reconquistar, sin paliativos, el mercado interior francés. Para lo cual sería preciso aumentar fuertemente la protección exterior. No es difícil adivinar los resultados de tal política: Francia tendría que romper todos los compromisos de raíz libre-cambista a los que está ligada y, muy en especial, su pertenencia a la Comunidad Económica Europea y al Sistema Monetario Europeo. La involución autárquica constituiría, en un país pequeño y de desarrollo intermedio, un factor de distorsión de su crecimiento de graves consecuencias; en una economía como la francesa, desarrollada y con una conexión muy alta con los mercados internacionales, el efecto sería catastrófico. En primer lugar, la ruptura con los compromisos internacionales daría lugar a retorsiones comerciales y afectaría, negativamente, a sus expor-

taciones: un 20 por 100 aproximadamente de su PIB. ¡Y no olvidemos que el 50 por 100 de esas exportaciones tienen como destino la propia Comunidad! (18). En segundo lugar, el aumento de costes a que daría lugar el incremento de la protección exterior —que no podría limitarse a reimponer o elevar los derechos arancelarios, sino que tendría que recurrir a los contingentes— debilitaría su competitividad internacional, lo que, unido a las previsibles retorsiones, terminaría por asfixiar no solamente a las empresas que destinan la mayor parte de su producción a los mercados exteriores sino a la práctica totalidad de los sectores productivos franceses: desde finales de los años cincuenta hasta ahora, y como consecuencia de la especialización internacional —intensificada a lo largo del período 1948-73 a mucho mayor ritmo que en cualquier otra etapa de la historia económica del mundo— y de su propia apertura, la economía francesa ha experimentado, en su vertiente exterior, tres mutaciones importantes: la primera ha supuesto el aumento de la proporción de productos manufacturados en el total de la exportación; la segunda, la reorientación geográfica de ese comercio desde la zona de influencia colonial al Mercado Común Europeo, siendo la República Federal Alemana su principal cliente y competidor; la tercera, el incremento de la parte que representan las exportaciones en la producción disponible de los sectores fundamentales de su economía (19). En tercer lugar, el salto tecnológico tan deseado por los arquitectos de la actual política resultaría extremadamente difícil, porque esa transformación está indisolublemente ligada a

la competencia exterior y a la dimensión del mercado, precisamente los elementos que más se debilitarían al invertirse el signo de la política económica. En cuarto lugar, la divisa francesa quedaría sometida a continuas presiones especulativas, derivadas de su salida del sistema europeo, de un ritmo de inflación elevado y del rechazo que la política autárquica encontraría en la comunidad financiera internacional, lo que, tarde o temprano, eliminaría su convertibilidad. Finalmente, el clima político-social de Francia se tornaría extremadamente conflictivo porque la involución económica recortaría aún más el crecimiento de la economía francesa y esterilizaría cualquier esfuerzo redistributivo.

Hemos descrito, de forma esquemática y sin claroscuros —con objeto de que nuestro razonamiento cobre la necesaria dimensión—, los efectos últimos de una política proteccionista. Es lógico pensar que la vía autárquica se iniciaría de forma parcial y no declarada, pero no hay que olvidar que un cambio de política económica situaría a la economía francesa en una pendiente resbaladiza, en la que resultaría extremadamente difícil prever y graduar los efectos de cada medida. Por ello, nos parece que la reconquista del mercado interior, en su sentido lato, es, sin duda, la política menos adecuada para conseguir remodelar, en la dirección deseada por el gobierno francés, la arquitectura económica y social de su país (20).

3.2. *El intervencionismo creciente*

No hay duda de que los modernos estados son intervencio-

nistas sea cual sea el credo político del gobierno, y tampoco puede dudarse de la importancia que el gobierno francés actual concede a su presencia directa en la vida económica: basta con repasar la política económica hasta ahora seguida para constatar esa afirmación. El problema que la intervención plantea reside en el grado de la misma: a partir de una determinada dosis de actuación directa sobre los mecanismos económicos, se produce un salto cualitativo y se pasa a una economía enteramente administrada, una economía carente de estímulos de mercado. No nos estamos refiriendo, por supuesto, a una economía de planificación central, que parte de bases enteramente diferentes. La economía administrada se da cuando el conjunto de autorizaciones sobre el que reposa la vida económica es de tal magnitud y complejidad que la asignación de recursos no depende ya de la tensión de los mercados sino de decisiones administrativas. Bajo tal supuesto, la preocupación por la competitividad y dinamismo del sistema desaparece porque lo importante no es producir mejor sino lograr ventajas en el reparto administrado de los recursos y mercados. Si la economía francesa diese ese salto cualitativo, su envejecimiento generalizado se haría patente a corto plazo en forma de costes crecientes, falta de innovación y merma de su competitividad internacional (21).

Y hay, en el horizonte inmediato de la política económica francesa, obstáculos que pueden dar lugar a un aumento continuo de la intervención. El primero de ellos es la necesidad de vigilar los aumentos salariales. Para evitar que su creci-

miento excesivo realmente la inflación y debilita aún más la posición exterior francesa, el gobierno no tiene otro remedio que negociarlo directamente en el sector público — hoy ampliado —, indirectamente en el privado. Esa negociación resulta ya difícil en el sector público y lo será mucho más en las empresas privadas: cada rama productiva intentará descargar el peso de la crisis sobre las demás y tratará por todos los medios posibles de no aceptar su parte de sacrificio (22). La referencia primera de cualquier negociación salarial es el crecimiento de los precios, corriente o esperado, lo que obligará al gobierno francés a controlar buena parte de los mismos. No olvidemos, además, que la intención de las autoridades francesas es dedicar parte de los aumentos de productividad futuros a reducir los horarios laborales, lo que obliga a seguir manteniendo la intervención generalizada en toda la estructura salarial. Intervenir los precios de una amplia gama de bienes y servicios equivale a determinar, exógenamente, las tasas de beneficio e inversión y, por ese camino, al que confluyen múltiples veredas, se puede llegar a administrar plenamente la economía, el segundo de los peligros que acechan a la economía francesa.

3.3. *La entronización del voluntarismo*

Debemos comenzar por explicar qué entendemos por voluntarismo, término empleado con frecuencia en el análisis económico, pero no siempre con idéntico significado. Voluntarismo es, desde nuestra óptica, el olvido de las reglas de merca-

do, de un lado, y la interpretación política de las respuestas que el mercado da a las sucesivas medidas de política económica, del otro. En múltiples sentidos, podríamos decir que voluntarismo equivale a suplir la racionalidad con el entusiasmo. Sucede, sin embargo, que el mercado existe siempre, en tanto que indicador de escaseces relativas y de preferencias, y ninguna política voluntarista ha sido nunca capaz de ocultarlo: las respuestas de mercado se producirán siempre en forma de alzas de precios, colas o merma de la productividad, si la política económica no tiene en cuenta sus demandas.

La política económica del gobierno socialista pretende guiar la economía francesa de forma que los problemas de empleo y desigualdad puedan resolverse a medio y largo plazo, punto de partida lógico y plausible. Por una serie de razones ya examinadas, es casi imposible que se puedan resolver los problemas de empleo, sobre todo porque los límites exteriores de la economía francesa, como los de cualquier otra, actúan en sentido inverso. Pero, además, no olvidemos que una sociedad no es una materia maleable sobre la que se puede actuar a capricho; es, por encima de todo, un reducto de intereses individuales y corporativos, un organismo vivo cargado de tensiones y enfrentamientos. ¿Qué sucederá si, a lo largo del año 1983, los actuales responsables de la política económica advierten que el objetivo del empleo se escapa de entre sus manos? Cobrará de nuevo fuerza la tentación voluntarista de reabsorber empleo por cualquier medio — dilatando las plantillas del sector público y del sector nacio-

nalizado, forzando la marcha del sector de la construcción, etcétera... — sean cuales sean los resultados de esas medidas. A partir de ese momento, el mecanismo voluntarista prevalecerá sobre la racionalidad económica puesto que habría que interpretar los resultados negativos de esa política, resultados que se traducirán en forma de múltiples deseconomías externas y de un rápido crecimiento del déficit público, no en función de unas medidas erróneas, sino a partir de la errónea actitud de buena parte de los agentes económicos. La subjetivización política habrá, así, desplazado al análisis económico: no se ponderará la idoneidad de las medidas aplicadas sino que se trasladará el tanto de culpa a determinados sectores sociales. Pero hay más que anotar respecto de esa tentación voluntarista. No podemos olvidar que, en una democracia, hay que someter, recurrentemente, la validez de una política al referendo popular. Si, sumido en la crisis internacional y aferrado a una línea voluntarista, el gobierno francés no se encuentra seguro de ese referendo podría incurrir en el más agudo de los voluntarismos: acentuar los enfrentamientos de clase para recuperar el entusiasmo de sus seguidores, convertir la política económica en política a secas. No es misión nuestra bucear en las consecuencias de una decisión de ese tenor (23) que endurecería, sin cesar, el clima social. Sí debemos señalar, sin embargo, que tampoco por ese camino se alcanzarían los objetivos perseguidos.

Hemos resumido los tres peligros que, a nuestro entender, acechan a la economía francesa de forma separada, para refor-

zar, así, su significado. Ello no supone que no puedan entrelazarse de múltiples formas; quizás sin la intensidad aquí reflejada, pero siempre dificultando el logro de los objetivos deseados y desviando, en la dirección menos buscada, el efecto de las medidas. Tal vez conjurar esas tres tentaciones sea la gran decisión que, de manera continua, deban adoptar las autoridades francesas para obtener resultados positivos, por parciales que sean, de esa política económica que hemos denominado de la tercera vía.

NOTAS

(1) Término empleado por el informe Bloch-Lainé que sirve de base al «Plan Intérimaire pour 1982 et 1983», plan que diseña y explica la política económica del nuevo Gobierno. Véase «La France en mai 1981. Forces et faiblesses. Commission du Bilan présidée par François Bloch-Lainé. Rapport au Premier Ministre», *La documentation française*, diciembre 1981; también el «Plan Intérimaire pour 1982 et 1983», *Journal Officiel de la République Française*, viernes 8 de enero de 1982. Annexe.

(2) «Plan Intérimaire», pág. 7 y párrafos 258 y ss.

(3) Véase OCDE, *Etudes Economiques 1982-83. France*, marzo 1983, pág. 32.

(4) INSEE, «Tendances de la conjoncture», Supplément au n.º 3, décembre 1981.

(5) INSEE, «Tendances de la conjoncture», Note de synthèse, juillet 1982. Los datos sobre el sector exterior proceden de «Les notes bleues, n.º 78», Ministère de l'Économie et des Finances.

(6) Las cifras reseñadas proceden del artículo de ALAIN VERNHOLES, «Un formidable pari», *Le Monde*, 3 septembre 1982. El desglose figura en las págs. 39 y ss. del «Projet de Loi de Finances pour 1983».

(7) Entrevista realizada por Ph. Lefournier, *L'Expansion*, 8-21 abril 1983.

(8) Véase el capítulo 1, titulado «La internacionalización de la producción y el comercio», del *Trade and Development Report 1981*, de la UNCTAD, Nueva York, 1981.

(9) Léase, en especial, el ya mencionado «Plan Intérimaire».

(10) De manera muy directa puede observarse ese esfuerzo por atender a todos los problemas en el anexo de *C'est ici le chemin* de Pierre Mauroy (Flammarion, Paris, 1982), un anexo titulado «¿En qué situación se encuentran las 110 propuestas hechas por François Mitterrand?»

(11) Entrevista concedida a Michel Noblecourt y recogida en *Le Monde* de 14 de agosto de 1982.

(12) Conviene, sobre este punto, leer el artículo de J. M. QUATREPOINT, «L'État actionnaire et l'imperatif industriel», *Le Monde*, 21 julio 1982.

(13) Resulta muy interesante leer la entrevista concedida por Jean Gandois, administrador general de Rhône-Poulenc, a Paul Fabra y André Dessot tras su dimisión del cargo en julio pasado. Se trata de las reflexiones de un eficaz gestor público sobre el papel de la empresa pública (*Le Monde*, 7 agosto 1982).

(14) La reunión de 25.000 empresarios en Villepinte, el 14 de diciembre de 1982, puso de relieve la falta de acuerdo del empresariado francés con la política del gobierno, situación que, de no superarse, debilitará aún más la inversión privada (*Le Monde*, 16 diciembre 1982).

(15) «Plan Intérimaire», pág. 62.

(16) Véase, sobre la política de distribución del empleo, el informe de la OCDE (France, OCDE, *Etudes Economiques*, 1981-1982, enero 1982), pág. 70.

(17) Véase «Les 35 heures en 1985... toujours en question» de MICHEL NOBLECOURT, *Le Monde*, 8 septembre 1982.

(18) Datos de *Balance des paiements entre la France et l'extérieur 1980*, Minis-

tère de l'Économie et des Finances, Banque de France.

(19) Todo lo cual puede verse en *La mutation industrielle de la France. Du traité de Rome à la crise pétrolière* de BERNARD GUIBERT y otros (Les Collections de l'Insee, 1975). Véase, en especial, la parte primera del tomo 1, dedicada a las relaciones exteriores.

(20) Sobre este punto se recomienda la lectura de «Economie: les deux précipices» de ROGER PRIURET, *Le Nouvel Observateur*, 2 octobre 1982. También, y del mismo autor, «Les nostalgiques de l'autre rigueur», *Le Nouvel Observateur*, 22 avril 1983.

(21) Esa disputa teórica respecto al grado de intervención del Estado en la vida económica constituye un tema de actualidad en Francia. Léase, por ejemplo, «A la fois "plus d'État" et "moins d'État"» de JEAN-MARIE COLOMBANI, *Le Monde*, 16 diciembre 1982.

(22) Léase, por ejemplo, «La sortie du blocage des salaires», *Le Monde*, 8 octobre 1982. También «La politique sociale à l'épreuve», *Le Monde*, 19 novembre 1982, y «Les accords salariaux sont signés à la S.N.C.F. et à la R.A.T.P.», *Le Monde*, 13 décembre 1982.

(23) Conviene leer, con respecto a ese punto, los artículos de J. M. QUATREPOINT, «Des occasions perdues à la rigueur retrouvée», *Le Monde*, 29 julio 1982, y de JEAN-YVES LHOMEAU, «Adhésion populaire et mobilisation», *Le Monde*, 14 septembre 1982.